

daré ese dolor general tan explosivo, esa sensación de que todo en mi interior estallaba en mil pedazos.

Es que la vida tiene unas paradojas difíciles de asimilar: Germán Vargas, que formaba con Susie Linares, una



de las parejas matrimoniales más avenidas y unidas que yo he conocido, que era el padre de tres hijos por los cuales se desvivía y le correspondían con intenso amor filial, había muerto solo. Pero eso sí: en un segundo, sin sufrimiento alguno, como el justo. Él, que tanto se jactaba de su salud a toda prueba.

Y en verdad lucía como un roble difícil de doblegar a sus 72 años. Daba la impresión de que tenía como 'slogan' el mismo de Julio Sánchez Vane-gas en Jes: hoy aquí, mañana en cualquier lugar. Bogotá, Medellín, Cali, Cartagena, Santa Marta, Estados Unidos. Dictando conferencias, asistiendo a seminarios, miembro de jurado de concursos, el Simón Bolívar, India Catalina, de cuento, de novela, de poesía. Asesorando casas editoriales. Escribía con puntualidad pasmosa —nunca falló en diez años— su columna "Un día más". Cuando viajaba, dejaba las que fueran necesarias. Recibía a cuanto escritor novel o consagrado demandaba su consejo. No faltaba en las noches o en el día a cualquier evento cultural, artístico o social, siempre con Susie a su lado. Semanalmente escribía otras dos columnas, Ventana al mar y el Libro de la semana para la Revista Dominical. Prologaba y escribía libros. En fin, llevaba la vida de letras a plenitud, lo mismo que la propia, a su aire. Ejerciendo

incansablemente lo que acertadamente el padre Jorge Becerra llamó en la homilía de los funerales "un ministerio de la cultura". Dentro de la más absoluta sencillez y tranquilidad. Sin alharacas, ni aspavientos. Tal como murió.

Aunque éramos dos seres totalmente opuestos, jamás hubo entre él y yo un asomo de discordia. El, tan sosegado, se horrorizaba ante mi carácter "alka-seltzer". Te va a dar algo un día de estos, me decía con signo de reprobación. Toma las cosas con calma, como yo, que nada se remedia con tanta corriente como haces tú. Y aquí en cambio estoy yo, anegada en llanto, porque él, Yerman está muerto, él, que tanto se jactaba frente a mí —fumadora empedernida como él y que tengo los pulmones podridos—, de tener los suyos como los de un bebé: rosados. Ya no veré su cabeza canosa cuando asome la mía por el pasillo de la redacción. Ya no vendrá a traerme algún aporte valioso para esa Revista Dominical que, con tanto afecto, dirige el propio director de este diario, Juan B. Fernández R. O a traerme algún mensaje de Susie sobre un trabajo periodístico. O a calmarme alguna curiosidad sobre Gabito. Ya no me lo encontraré a las 2:30 de la tarde esperando a Susie en la portería, listo a salir del trabajo: Saabrooso, Yerman, le decía yo. Y me respondía: es un derecho que me he ganado en 50 años de trabajo.

Fueron diez años de una amistad tranquila, como lo fue él. Un hombre sereno por excelencia. Con los pies en la tierra. Modesto como la flor de la batatilla en cuanto a su valor personal, en su íntima amistad con Gabito, en su manera de vivir. Pero infinitamente generoso en el amor a los suyos, en su deseo de ayudar a los demás en sus pinitos literarios, en la difusión de obras de noveles y consagrados, en la amistad, en el consejo diario a los redactores que lo querían entrañablemente. Fue un gran hombre. Un ejemplo cabal de lo que es una persona de bien ante la vida. Que sólo deja a su esposa y sus hijos el mejor de los legados: un hombre transparente, sonoro, con prolongación en el tiempo. ¡Qué hermosa la herencia de Yerman!

¡Cuán felices y orgullosos deben sentirse los suyos!

Prefiero pensar que Yerman no está ahí, enfrente, en su cubil porque está en uno de sus mil viajes como Simbad el Marino. Porque él se me desaparecía de repente y cuando volvía a verlo: ¡Jé! ¿Dónde andabas? En Bogotá, Medellín, Cali, Cartagena, Valledupar o Estados Unidos. Sí. Se ha ido a dictar ahora la más larga conferencia de su vida. Punto.

OLGA EMILIANI H.

(Tomado de: El Heraldo (Barranquilla), mayo 25 de 1991, págs. 3A y 9A).



SE FUE GERMAN Y LLEGO PACHO

Se murió con la misma discreta dignidad con que había vivido: sin molestar a nadie y sin ruidos. Podría decirse que marchó en puntillas por unos caminos que a otros les parecía reclamar que se taconeara.

Huyó instintivamente de la lisonja, de los homenajes, del poder, del dinero. De todos los que formaron parte de eso que algunos han dado en llamar el "Grupo de Barranquilla", fue probablemente el único que no se lo tomó muy en serio. Tenía una poderosa humildad que lo preservó inmaculadamente de cualquier veleidad. Y un pudor intelectual que sólo cargan quienes de verdad tienen algo de eso.

Escribió de la misma manera que vivió y dejó de hacerlo: con una prosa desprovista de adjetivos, de relum-

brones, de efectismos. Simplemente engarzaba las palabras para una estética limpia y fácil que sólo logran quienes no olvidan que las frases tienen sus propias trampas.

Tímido hasta la humildad y humilde hasta la exageración, ambas cosas fueron más que el sincretismo de su única religión: la inocencia. Haber recorrido lo que valía la pena leerse, no comprometieron nunca esa inocencia que se delataba en esos ojos verdes y mansos. Como ya no hay inocencia puede decirse, sin exceso alguno, que Germán fue el último.

En marzo pasado, siete días después de los idus, apenas unas horas después del inicio de Aries, festejamos juntos lo que, ahora lo sabemos, sería su último cumpleaños. Nos volamos a media noche de un coctel para refugiarnos en eso que Enrique Santos Calderón gusta llamar "nuestra plaza Garibaldi". Allí, en una mesa virtualmente dispuesta en la mitad de la calle,



saludamos con guacharacas, acordeones y cajas, el regreso del sol.

Tuve el inmenso privilegio de ser su amigo. El hecho de que fuésemos tan distintos fue el pretexto para que comprendiera, con una generosidad casi piadosa, mis precipitadas ansiedades. Nunca olvidaré que se ofreció voluntariamente cuando cometí la estupidez de aceptar una oferta para encabezar una lista al concejo de Barranquilla, para ser el segundo de esa lista. Hasta me acompañó a las barriadas en desarrollo a aquella aventura disparatada muy a pesar de que detestaba la política y desconfiaba de quienes la hacían. Era lo más lejos de

un cortesano y jamás lo impresionaron los príncipes. Antes que comenzaran los escrutinios mi cadáver político no estaba en Puerto Mocho, un lugar cercano a Bocas de Ceniza a donde la imaginería popular cree que van a dar los "entarullados" de la jornada, sino en el mismo Golfo de Méjico. Fue él quien me convenció de que no habría podido pasar nada mejor.

Un reciente, sofisticado y minucioso examen médico había comprobado que seguía teniendo una salud a toda prueba. Menos, claro está, para la prueba de la muerte artera. Para morir, ya se sabe, sólo hace falta no haber muerto antes. Por eso puede decirse, a pesar de más de siete décadas vividas a plenitud, que su muerte fue precoz. Nada hacía verosímil que algo así fuera inminente. Ni los pulmones limpios a pesar de medio siglo de kilómetros de "pielroja".

Se fue de la vida un hombre de verdad bueno, de esos que ya no hay. Cada vez que eso ocurre habrá que lamentarlo. No sólo por la amistad y el dolor, sino por la vida toda que a veces se empeña en parecer una partera de mediocridades repetidas.

...

ARMANDO BENEDETTI JIMENO

(Tomado de: El Tiempo (Bogotá), mayo 25 de 1991, pág. 5A).

GERMAN VARGAS, VENTANA AL MAR

Estoy por creer que se murió de súbito, sin avisar, como algún personaje de sus novelas preferidas, con la sola intención de saber de veras si era cierto el cielo.

Porque ese sentido de la utopía, de las grandes quimeras, hacen al mejor hombre un pasajero de la dicha de llevar consigo mismo el paraíso y le otorga el milagro de conversar con todas las cosas que le rodean, a ese enigma bello, sugerente, sin tiempo, que es el universo. Uno se asombra cada día de la obstinación de ese mago clandestino e invisible, que es el universo, siempre dándole cuerda a los amaneceres, siempre con la misma



intensidad, siempre con el mismo hechizo de no parar.

Lo grande y ejemplar es este hombre, según la visión de un amigo, es haber seguido siendo él mismo desde siempre, con la misma transparencia y la misma dulzura de vivir, leer y conversar. Con los días, el personaje que intenta incendiar un burdel de las eternas muchachitas que se acostaban por hambre para demostrar en verdad que el burdel era una invención de los amigos, terminó por ser el mismo hombre de todas las mañanas escribiendo *Un día más* y una *Ventana al mar*, en El Heraldó. Nunca pretendió ser algo más que un amigo imprescindible, leal, de sus amigos de siempre, de los de antes y los de ahora, y por eso las columnas en el periódico no eran otra cosa que una manera sencilla y eficaz de acompañar una fecundidad creadora, una ebullición constante de las letras y el pensamiento, que hacen de este país una de las potencias culturales de América Latina, a pesar de sus guerras bizantinas, de su permanente e inútil culto a la muerte. Pero eso no va a parar como la fuerza fantástica con que se generan los amaneceres. Es el verdadero ímpetu metafísico de soñar y crear, y el deseo irremediable de responder con actos y augurios felices, la tercera y cuarta preguntas kantianas: ¿Qué me es permitido esperar? ¿Qué es el hombre? Y una segunda e inminente pregunta para los tiempos que vivimos: ¿Qué debo hacer?

Este hombre de ojos verdes, de un verde 'luciferino', devorador de todos los libros, de los aprendices y los consagrados, el mismo que en una semana